

y pública. Todo lo que comienza debajo de tierra, es incapaz de vivir en pleno día y al aire libre. Por esto, la elevacion al imperio en tiempo de Constantino, es una prueba suficiente por sí sola, de que la obra cristiana fué una obra constantemente pública.

Pero si los primeros cristianos formaban una sociedad pública, y al mismo tiempo una sociedad doctrinal, síguese de aquí necesariamente que sus escritos eran públicos. Tratad de imaginaros una sociedad doctrinal pública que oculte sus escritos, y no lo conseguiréis. Porque, ¿cómo sería pública, si no dijese públicamente lo que cree, si ocultara sus escritos, y aun aquellos que sirven de fundamento á su fe? Aunque los Evangelios no se escribieran en el mismo instante que siguió á la muerte y resurreccion de Jesucristo, se publicaban en todo el universo mediante las predicaciones apostólicas; y cuando aparecieron sucesivamente, la tradicion enteramente jóven y viva, se fundió con ellos en una misma autenticidad. Entonces comenzó una lucha de cerca de trescientos años sobre el mismo texto de los Evangelios, entre los católicos por una parte, y los herejes y filósofos por otra. Aquella lucha dejó numerosos monumentos. Vemos en ellos á Celso y Porfirio seguir paso á paso sobre los Evangelios, la vida del Salvador. No niegan su publicidad ni autenticidad. Los herejes hacen algo mas. No solo arguyen del texto consagrado por la adhesion de la Iglesia, sino que se forjan Evangelios apócrifos para oponerlos á los Evangelios aprobados; tan cierto es que toda la discusion estribaba sobre estos textos fundamentales. Han tenido algunos la sencillez de formarse un arma contra nosotros de los Evangelios apócrifos, es decir, de invocar contra Jesucristo unos libros en que se reconocian los principales misterios de su vida y de su muerte, y en que la misma alteracion de ciertas partes era una prueba mas de la verdad del todo. Es cosa muy natural que una gran publicidad provoque falsificaciones; y aun esta es la señal por excelencia del buen éxito. Toda idea, todo estilo, toda forma que prevalece, provoca una multitud de imitadores ó especuladores. Pero, ¿qué importa eso al hombre, ó á la cosa que es objeto de todo ese trabajo? A lo menos, no es la publicidad la que sufre por ello; ahora bien, la publicidad de la vida de Jesucristo por medio de los Evangelios y los libros primitivos de los cristianos, es justamente el punto que yo quiero probar, y no creo que me pidáis mas en este momento.

La vida de Jesucristo estuvo rodeada desde el principio de una inmensa publicidad. Sus discipulos formaron desde el origen una

sociedad pública; su profesion de fe, sus escritos, llenaron todos los tribunales y todas las escuelas de la tierra, y finalmente, al cabo de tres siglos, el emperador era públicamente cristiano; y el vicario de Jesucristo tenia en Roma su sede pública. Todo esto consta ciertamente por la historia profana, tanto como por la historia cristiana. Tenemos ganado este primer punto.

En cuanto á los sucesos que componen la misma vida de Jesucristo, su carácter es tambien de manifiesta y brillante publicidad. ¿De qué se trataba? ¿Por ventura de un filósofo que enseñaba á algunos discipulos bajo de un pórtico ó en un jardín? ¿No era mas que Sócrates, por célebre que este sea? No, tratábase de un hombre fundador de una religion nueva, cosa que se roza con todo, con las tradiciones, con las leyes, con las costumbres, con los sentimientos, con los intereses mas sagrados; tratábase de un hombre fundador de una religion exclusiva, y que se proponia nada menos que derribar todos los cultos y todos los sacerdocios existentes; tratábase de un hombre, que, segun se decia, obraba en público prodigios inauditos, y á quien acompañaba en todas partes una multitud innumerable, atraida por sus obras y su doctrina; tratábase de un hombre citado al tribunal supremo de su nacion, condenado, muerto, luego resucitado, segun fama, y que habia enviado sus discipulos á la conquista moral del universo; tratábase de un hombre que habia logrado excitar una fe incontrastable en el corazon de una multitud de hombres de todas las naciones, y que por solo su nombre habia llegado á ser el punto de reunion de una nueva sociedad. Si hubo alguna vez acontecimientos públicos, de cierto lo fueron estos.

Y estos acontecimientos que estaban en contradiccion con toda la vida pasada del género humano, y por tanto, que si eran falsos, debian ser repelidos de la trama general de la historia por una imposibilidad invencible de ajustarlos á ella, ¿han tomado ó no su lugar en ese encadenamiento riguroso de la vida humana, desde hace tres mil años? Han hecho mas que ocupar su puesto, señores; sin ellos la historia es un enigma incomprensible. Con efecto, desde Moisés hasta Pio IX, esos dos términos extremos de los anales del mundo, ¿cuál es la principal cuestion de la historia? ¿Acaso la fundacion y caída de los imperios de Asiria, la guerra de Troya, las conquistas de Alejandro, la fortuna de los Romanos, la elevacion de los pueblos modernos, el descubrimiento de la América, los progresos de la ciencia y de la industria en los tiempos nuevos? No,

ninguna de estas cuestiones, por vastas que sean, es la cuestion principal de la historia, la que abraza la totalidad de los tres mil años que viven en la memoria del género humano. La cuestion principal, porque lo abarca todo, lo pasado, lo presente y lo futuro, es esta : habiendo sido idólatra el mundo en los tiempos anteriores á Augusto, ¿cómo se hizo cristiano en los tiempos posteriores? Hé ahí las dos vertientes que dividen toda la historia, la de la antigüedad y la de los siglos nuevos; la una es idólatra, está sumida en el materialismo mas desenfrenado; la otra es cristiana, y está purificada en las fuentes de un espiritualismo consumado. En el mundo antiguo, la carne prevalece públicamente sobre el espíritu; en el mundo presente, el espíritu prevalece públicamente sobre la carne. ¿Cuál es la causa de esto? ¿Quién ha producido mudanza tan grande y de tan general extension entre los dos dos tiempos de la humanidad? ¿Quién ha modificado hasta ese punto la forma humana y el curso de la historia? Vuestros padres adoraban ídolos; vosotros, su posteridad, descendientes de ellos por una sangre corrompida, adorais á Jesucristo. Vuestros padres eran materialistas hasta en su culto; vosotros sois espiritualistas hasta en vuestras pasiones. Vuestros padres negaban todo lo que creéis; vosotros negais todo lo que ellos creian. ¿Cuál es pues, repito, la razon de esto? No hay en la historia acontecimientos sin causas, como no hay en las matemáticas movimiento sin motor. ¿Dónde está la causa histórica que ha hecho del mundo idólatra el mundo cristiano, que ha dado Carlomagno por sucesor á Neron? Estais obligados á conocerla ó á lo menos á inquirirla. Nosotros los católicos decimos que esta mudanza prodigiosa corresponde á la aparicion en la tierra de un hombre que se llamó hijo de Dios, enviado para borrar los pecados del mundo; que predicó la humildad, la pureza, la paciencia, la mansedumbre, la paz; que vivió piadosamente con los pequeños y los sencillos; que murió en una cruz con los brazos abiertos sobre todos nosotros para bendecirnos; que nos dejó en el Evangelio sus palabras y su ejemplo; y que habiendo de este modo tocado el alma de muchos, pacificado su orgullo y corregido sus sentidos, dejó en ellos una alegría tranquila tan admirable, que su perfume se ha difundido hasta los confines del mundo y seducido hasta la voluptuosidad. Esto decimos. Sí un hombre, un solo hombre ha fundado el imperio de los cristianos sobre las ruinas del imperio idólatra, y esto no nos ha causado maravilla; porque hemos observado en la historia, que todo bien, así como todo mal, parte siempre de un solo principio, de

un hombre depositario de la fuerza oculta del demonio, ó de la fuerza invisible de Dios. Esto decimos, y apoyamos nuestro dicho en monumentos no interrumpidos, que comienzan en Moisés y llegan hasta nosotros; apelamos á una publicidad de treinta y dos siglos consecutivos; enlazamos entre sí al pueblo judío, á Jesucristo, á la Iglesia católica, ó mas bien no los enlazamos entre sí, sino que se presentan á nosotros estrechamente encadenados en una serie de cosas que mutuamente se sostienen; apelamos en fin á toda la trama de la historia, y en nombre de esa trama inmensa, que es absolutamente necesario admitir y explicar, os decimos: Jesucristo es el secreto supremo de la historia, es su clave y su revelacion. No solo entra en la historia, sino que se coloca en medio de todos los acontecimientos, sin dificultad y con holgura, y la historia no es posible sin él. Probad, siguiendo los monumentos, á pasar del mundo antiguo al mundo nuevo, y á explicaros sin Jesucristo cómo el Papa ha reemplazado á los Césares en el Vaticano. ¿Lo podréis? Y si queda en el fondo de vuestra alma una vislumbre de buena fe, ¿no os veréis obligados á decir como nosotros: sí, en Jesucristo, en el Calvario, en aquella sangre derramada comenzó la regeneracion del género humano?

Así señores nadie antes de nuestro siglo, se habia atrevido á negar la realidad histórica de Jesucristo, nadie. Antes de vosotros, mucho antes, Jesucristo tenia enemigos; porque antes de vosotros existia el orgullo, y el orgullo es el primer enemigo de Jesucristo. Antes de vosotros tenia Jesucristo enemigos; porque antes de vosotros existia la sensualidad, y la sensualidad es la segunda enemiga de Jesucristo. Antes de vosotros, tenia Jesucristo enemigos; porque antes de vosotros existia el egoismo, y el egoismo es el tercer enemigo de Jesucristo. Y sin embargo, cuando apareció por primera vez, cuando vino con su cruz á minar vuestro orgullo, á insultar á vuestros sentidos, á arrastrar vuestro egoismo á las gemonías: ¿qué se le dijo? El orgullo, la liviandad, el egoismo, tenían entonces como hoy á su servicio hombres de talento; Celso, Porfirio, toda la escuela de Alejandría, á las gentes felices que aman la vida, y á la turba de los cortesanos, dispuesta siempre á ver en la verdad una enemiga secreta del poder. ¿Qué dijeron de Cristo? Le persiguieron por medio del suplicio de los suyos, por la derision de su vida, por la diseusion de sus dogmas, llamando á la opresion en auxilio de una causa que hacia traicion á la libertad; pero sus libros que subsisten en mil residuos, gracias á la imprenta á quien llamé

poco há la salud de la historia, sus libros atestiguan que ninguno de ellos negó la realidad de la vida de Jesucristo. Solo vosotros, que habeis venido diez y ocho siglos despues, y creyendo que el tiempo que confirma la historia la destruye, habeis osado combatir hasta la claridad del sol, confiados en que toda negacion es á lo menos una sombra, y en que la imbecilidad humana que busca un refugio contra la severidad de Jesucristo, aceptaria cualquier arma para defenderse y cualquier escudo para cubrirse. Os habeis engañado. La historia subsiste á pesar de la negacion, como subsiste el corazon del hombre, no obstante el desórden de los sentidos, y Jesucristo permanece en la cima de la historia resguardado por una publicidad sin ejemplo y una necesidad sin contrapeso.

No obstante, me diréis por último : Si se tratase únicamente de hechos humanos como los que componen los anales ordinarios de los pueblos, es claro que la vida de Jesucristo contenida en los Evangelios estaria fuera de toda discusion. Pero tratase en esa vida de acontecimientos que no guardan proporcion alguna con los que habitualmente presenciarnos. Se trata de un Dios hecho hombre que ha muerto, que ha resucitado : ¿ cómo queréis que admitamos hechos tan singulares fundados en un conjunto de testimonios humanos ? Porque al fin, escrituras públicas, acontecimientos públicos, la trama pública y general de la historia, todo este concurso de pruebas es cosa puramente humana, y sobre este fundamento mortal asentais una historia en que todo es sobrehumano. El cimient se hunde evidentemente bajo el peso de la mole.

No desconozco, señores, la fuerza de esta objecion. Sí, comprendo que tratándose de la historia de un Dios, se necesita otra tinta que para escribir la historia del hombre mas grande del mundo, es verdad ; pero tambien creo que Dios ha resuelto la objecion creando para su hijo único Jesucristo, una historia que no es humana, es decir, de proporciones tan superiores á la nada del hombre, que el poder histórico ordinario no hubiera evidentemente bastado á crear. Con efecto, ¿ dónde hallaréis el encadenamiento del pueblo judío, de Jesucristo y de la Iglesia católica ? ¿ Dónde hay cosa parecida á esta ? Y además, sin repetir lo que ya tratamos, decidme, os ruego, entre las historias que ya conoceis, ¿ cuál es la que por espacio de tres siglos ha tenido testigos que murieran para confirmarla ? ¿ Dónde están los testigos que han dado su vida en favor de la autenticidad de los hombres mas grandes y de los mayores acontecimientos ? ¿ Quién murió por asegurar la historia de Alejandro ?

¿ Quién por asegurar la historia de César ? ¿ Quién ? Nadie. Nadie en el mundo ha derramado nunca su sangre para comunicar un grado mas de evidencia á la certidumbre histórica de cosa alguna. Se deja á la historia seguir su curso. Pero hacerlo con su sangre, cimentar el testimonio histórico por espacio de trescientos años con sangre humana, esto es lo que no se ha visto sino en los cristianos respecto de Jesucristo. Se nos ha interrogado por espacio de tres siglos, para saber qué éramos, y hemos dicho : Cristianos. Se nos ha contestado : Blasfemad del nombre de Cristo, y respondimos : Somos cristianos. Se nos ha metido por ello en horribles suplicios, y entre las manos de los verdugos, nuestro postrer suspiro exhalaba el nombre de Jesús, como un bálsamo para el moribundo y un testimonio para el que vive por los siglos de los siglos, Jesucristo. No morimos por opiniones, sino por hechos, como lo prueba el mismo nombre de mártir ; y Pascal ha dicho admirablemente : « Creo á testigos que se dejan degollar. » Y aunque parezca orgullo querer expresarse mejor que Pascal, diré sin embargo mejor que él : Creo en el género humano que se deja degollar.

¿ Queréis otra señal por donde se revela tambien la elevacion de Jesucristo en la historia, de un modo superior á toda historia ? Decidme, ¿ cuál es el antiguo pueblo del mundo, el mas célebre, á vuestra eleccion, que haya dejado guardas en su sepulcro para que guardasen su historia ? ¿ Dónde están los que hayan sobrevivido á los Asirios, los Medos, los Griegos, los Romanos ? ¿ Dónde están ? ¿ Qué pueblo muerto da testimonio de su vida ? Un solo pueblo, el judío, muerto y vivo juntamente, reliquia del mundo antiguo en el mundo nuevo y testigo contra sí mismo de Cristo á quien crucificó. Dios nos ha conservado este testigo irrecusable ; yo le presento, ahí está. ¡ Mirad ! la sangre está en sus manos. Y nosotros tambien, católicos, nosotros, la Iglesia, estamos á su lado, hablamos con él, y en voz tan alta como él. Sociedad viva y universal, llevamos en las cicatrices de nuestros mártires la sangre que vertimos para dar testimonio á la historia de Jesucristo ; y el pueblo judío, por su parte, sociedad tambien viva y universal, lleva una sangre que no es la propia, pero que es tan elocuente como la nuestra. Hay aquí dos testigos y dos sangres. ¡ Miradlas ! ¡ Mirad á la derecha y á la izquierda de Cristo ! Ved ahí el pueblo que le ha crucificado, ved ahí el pueblo que ha nacido de su cruz. Lo mismo os dicen entrambos, los dos sufren por espacio de diez y ocho siglos un martirio que no se parece, pero que tiene la misma causa ; los dos se miran come ene-

migos, y solo en una cosa se encuentran : ¡ Jesucristo ! ¡ Ah ! ¡ Desafiáis á Dios ! Creedme, cuando el hombre desafia á Dios, su providencia se ha reservado inevitablemente una respuesta, y en punto á la historia de Jesucristo, acabais de oír la que os da.

Concluyo, señores; negar la realidad histórica de la vida de Jesucristo, es un acto de demencia, un golpe desesperado. Y acaso os preguntéis porqué se ha cometido ese acto, sea directa, sea indirectamente, con precauciones ó sin ellas. Es, señores, porque una vez admitida aun en globo la realidad histórica de Jesucristo, se abre paso en el alma el sentimiento de su divinidad, y es difícil no sucumbir mas ó menos. Se necesitaba esparcir tinieblas en rededor de tan notable existencia, enlazada por otra parte con tantas cosas que lo son tambien. Aunque la negacion no produjera mas resultado que el exigir la prueba del hecho, se conseguiria ya una discusion, y una discusion vale algo en un terreno inatacable, como que amengua al parecer su prestigio. Y al cabo vale mas tentar algo que no tentar nada. Además, el odio ciega, hace que la vista sea insensible á las mas fuertes claridades, y en este sentido convenia que fuera atacada la realidad histórica de Jesucristo, como una prueba de la disminucion intelectual de los que se constituyen enemigos suyos. La verdad gana con las violencias del espíritu como con las violencias del cuerpo; y tranquila en la inaccesible esfera donde Dios la ha puesto, segura de sí misma, por cualquier parte que la asedien, puede decir al hombre, imitando este famoso verso :

Niega si puedes, y consiente si osas.

SERMON CUADRAGÉSIMO TERCERO.

De los esfuerzos del racionalismo para desfigurar la vida de Jesucristo.

Os probé en nuestra última conferencia la realidad histórica de Jesucristo. ¿ Pero qué significa haberos probado la realidad histórica de Jesucristo ? ¿ Vale tanto como decir ser cosa segura que vivió en cierta época un hombre que se llamaba Jesucristo ? Si no hubiéramos probado mas que esto, nada hubiéramos probado ; porque un nombre es nada. Probar la realidad histórica de un personaje, es probar la realidad del tipo viviente que le constituye. Así, cuando nombro á César, no nombro á un hombre como quiera, nombro al romano que, antes de Augusto, conquistó y gobernó las Galias; que, llamado por el senado, pasó el Rubicon, se apoderó de la dictadura y sucumbió al fin bajo el puñal de una conjuracion. Y del mismo modo, cuando nombro á Jesucristo, nombro al que, en tiempo de Tiberio, predicó en Judea una doctrina religiosa, sostuvo su palabra con obras cuyo juicio os reservais, pero que eran á lo menos singulares, se formó discípulos, y despues de una condenacion seguida de muerte, fué presentado á todo el universo como vivo, y fundó finalmente esa gerarquía, ese dogma, ese culto, esa Iglesia católica que vemos hasta el presente. Y haber probado la realidad histórica de Jesucristo, es haber probado la realidad de este tipo que acabo de bosquejar ligeramente.

Mas he hecho, señores, he probado al mismo tiempo la autenticidad de los Evangelios. Porque un libro es auténtico cuando es histórico, y he mostrado que los Evangelios tenian todos los caracteres de la historia, es decir, que eran una escritura pública que contenia hechos públicos, adoptados á la trama general y pública de los anales del género humano. Esta es la gran autoridad. Hay otra secundaria y poco importante, que consiste en conocer la fecha puntual de un libro y el nombre exacto de su autor. Pongo á esta en segundo lugar, porque un libro puede tener una fecha cierta y un autor cierto, sin gozar de ningun valor histórico, al paso que un